

por delante, la responde diciendo: « Quiero salvar esa niña, » y consigue devolverla á su padre.

Un día sobre todos consiguió un verdadero triunfo su valeroso y perseverante amor á la humanidad.

Engrosado el Seille por largas lluvias, habia salido de madre por sus dos márgenes, invadió las calles de la ciudad y subió á mas de un metro en las habitaciones. Muchos eran los que gritaban pidiendo auxilio, pero José les oia á todos. Siguiendo sus impulsos, desempeña su oficio acostumbrado, y familias enteras, maridos y mujeres, ancianos y niños le debieron su seguridad, su salvacion. ¡Con infatigable constancia, en el mes de noviembre, permaneció en el agua desde las seis de la mañana hasta por la noche, es decir, once horas enteras sin descansar! Aquel día salvó del agua diez y nueve personas.

Si viviéramos en la época y en el país¹ donde por cada ciudadano salvado se daba una corona de encina, José tendría hoy treinta y dos coronas con que ornar su casa.

Boisdoux.

Mateo Boisdoux, habitante de Montereau², es un hombre honrado, arreglado, sóbrio, laborioso, que trabaja día y noche para cuidar de su madre y criar sus hijos. Su único defecto es prodigar una existencia tan necesaria á todos los suyos, por atender al bien de sus semejantes. Apenas ve un incendio á lo léjos, acude en seguida, y se le ve en todos los sitios mas peligrosos, y donde es necesario ser útil á sus semejantes. Si en el Sena ó en el Yona ocurre algun caso desgraciado, si un hombre ó un niño necesitan auxilio, por léjos que esté Boisdoux de ellos, no deja de oír su voz, y salvará al hombre y al niño. Ya no pueden contarse los incendios donde ha dado pruebas de valor, ni las víctimas que ha arrancado á los dos rios de su ciudad. Un día cubria el rio desbordado la llanura

1. En Roma.

2. Ciudad del departamento de

Sena y Marne, confluente del Sena y del Yona.

á gran distancia, y algunos barrios estaban inundados. Refugiados los habitantes en los pisos altos, comunicaban entre sí por medio de lanchas. Tres de ellos que iban á ver los desastres de la inundacion, entran en una barca, la empujan con el pié y se van rio adentro, sin echar de ver que no tenian remos ni vichero, hasta que ya es tarde. Van á merced de la corriente; ante ellos se ve un puente, cuyos arcos, cubiertos casi todos, están ocultos bajo el agua, é indudablemente van á estrellarse allí. Gritan pidiendo socorro; Boisdoux les oye, pero, ¿qué puede hacer? ¿Irá á buscar su barco? De ningún modo; el tiempo es precioso y el apuro es inminente. Se precipita al agua y despues hará lo que pueda. Hé aquí lo que hizo.

El barco seguia su marcha y ya estaba léjos; él le veia correr y llegar cerca del puente. ¡Qué angustia sentia Boisdoux en su pecho! En fin, tal es el miedo que le causa la suerte de aquellos hombres que van á perecer, tales esfuerzos hace que consigue alcanzar el barco. ¿De qué serviria este barco á otro qualquiera que no fuera Boisdoux, arrastrado por las olas, cerca del puente que casi se está tocando, sin remos ni palo de virar? ¿Qué podrá hacer mas que aquellos tres hombres que nada han podido por sí mismos? Sí; posee en mayor grado que ellos el valor inteligente, el valor del sacrificio. Parece que hay en él una luz y fuerza sobrenatural. Boisdoux mantiene extendido su brazo contra el barco para detenerle, y coge la cuerda que cuelga; pero, como necesita los dos brazos para luchar contra las terribles oleadas del agua, coge entre sus dientes la cuerda que debe salvarlos; y con la ayuda de Dios los salva, en efecto, á fuerza de valor y de fatiga; llega á la orilla rendido, pero contento, pues le deben la vida tres hombres.

El 7 de noviembre de 1843 bajaba la almadía¹ de Auxerre con direccion á Paris. La corriente era rápida; la

1. Barco grande del que una parte forma una cámara bajo el puente. Su primitivo nombre fué el de *coche*, con

el que aun se conoce igualmente hoy en Francia.

embarcacion va derecha al puente, pero yerra el arco, y se oye un grito inmenso; el barco estaba destrozado bajo el agua. Boisdoux todo lo habia visto y oido. La almadía llevaba veinte y tres pasajeros que se hallaban casi todos en el gran salon. El barco está hundido todo excepto la popa que se ve aun á flor de agua, á donde llega Boisdoux y se encarama sobre lo que queda de puente¹. Y como inquiriese los medios que habria para salvar á los que se estaban ahogando, le responde un hombre que estaba agarrado al barco, con el agua hasta la cintura, que están perdidos sin remedio. «¿Quién puede pensar en salvarlos? — Yo, dijo Boisdoux, puesto que para eso he venido.» Busca las salidas; solo la mitad de una de las ventanas del barco, llamadas portas, está fuera del agua y es muy estrecha para que pueda pasar, pero no hay otro medio, y por tanto pasará. Sus esfuerzos fueron inauditos para forzar la puerta y zambullirse en el abismo donde luchaban contra la muerte los desgraciados que en él se hallaban, y forcejeó con el mismo afan por entrar que otros hubiesen hecho para salir. Por fin consigue su objeto, entra, coge una de las víctimas, una jóven, la lleva á la ventana, la hace pasar, respira y vuelve á engolfarse en el agua; trae un jóven, vivo todavía, despues una muchacha, luego otra que ha perecido. Entretanto el tiempo corre en esta lucha heróica, y la muerte va mas de prisa que Boisdoux. Continúa á pesar de todo, pero en balde, no habia mas sér vivo que él, y tiene que contentarse con las tres vidas que ha salvado, las dos muchachas y el jóven que han vuelto á ver, gracias á él, la luz del día.

Por fin se decide á salir del agua, de las tinieblas, de aquel sepulcro tan lleno; estaba aniquilado de cansancio, y fué preciso darle auxilio para sacarle con trabajo por aquella ventana, por donde habia pasado él solo cuando se trataba de sus semejantes, faltándole las fuerzas cuando no tenia que salvar sino su persona.

1. Llámase *puente* al piso del barco.

Bousard

[1777.]

Eran las nueve de una noche tempestuosa, cuando un buque con cargamento de sal, tripulado por ocho marineros, y llevando á bordo dos pasajeros, se aproximó al muelle



Casa de Bousard.

lle¹ de Diepa. Era tal la fuerza del viento y el mar estaba tan alborotado, que un práctico llamado Bousard, intentó inútilmente salir por cuatro veces para dirigir la embarcacion á la entrada del puerto. En esto echó de ver Bousard que el capitan del barco ejecutaba una maniobra falsa, y trató de advertirle con señales y con su bocina; pero la oscuridad, el silbido del viento, el ruido de las olas y la

1. Llámase *muelle* á un dique de piedras de silleria que entra en el mar.

agitacion del mar impidieron que el capitan le viera y oyera, viniendo á parar el barco sobre la escollera, encallando á sesenta metros del muelle.

Al oír Bousard los gritos de los infelices que iban á perecer, sin hacer caso de las amonestaciones que le hacian ni á la aparente imposibilidad de salvarlos, resuelve ir en su socorro. Hace alejar á su mujer y á sus hijos que querian detenerle; y en seguida, atándose por la cintura con una cuerda sujeta por la punta en el muelle, se arroja en medio de las olas. Solo los marinos pueden formarse una idea del peligro que corria. Despues de esfuerzos increíbles, llega Bousard hasta el casco de la embarcacion que el furor del mar iba haciendo pedazos, pero una ola le arranca y le arroja á la orilla, y así fué por veinte veces rechazado por las olas y llevándole éstas con violencia sobre la escollera. No por eso se desanima; se arroja de nuevo al mar, y una fuerte ola le lleva debajo del buque. Todos le creian ya perdido, cuando reaparece llevando en sus brazos un marinero que habia caido al mar, hasta que le deja en tierra sin movimiento y casi exánime. Por fin, despues de algunas horas de tentativas infructuosas, rodeado de restos del buque que aumentan el peligro, y cubierto de heridas, consigue subir á bordo y ata allí su cuerda sólidamente. Bousard alienta los ánimos y dice á los marineros lo que tienen que hacer; los hace tocar aquella cuerda que debe ser su salvacion y les indica el camino que han de seguir en medio de las tinieblas y de las olas enfurecidas; él mismo los conduce, y cuando les faltan las fuerzas va nadando en derredor suyo como un ángel tutelar, luchando con las enhiestas olas que piden con terribles mugidos sus víctimas, de las que él deposita siete en la orilla.

Agotadas sus fuerzas con su triunfo, sube Bousard al muelle con mucho trabajo, y cae por tierra en un estado espantoso de postracion por algunos momentos. Se le dió el socorro que necesitaba, arrojando agua de mar por la boca, y ya volvia á recobrar el ánimo cuando otros gritos

llegan á su oído. La voz de la humanidad le devuelve su primitivo vigor, corre al mar, se precipita en él otra vez y es bastante dichoso para salvar uno de los dos pasajeros que habian quedado en la embarcacion, y cuya debilidad habia impedido seguir á los demas náufragos. De los diez hombres que llevaba el buque solo dos perecieron; sus cuerpos se encontraron al día siguiente sobre los guijarros.

La piedad filial era el origen de la asombrosa intrepidez que demostró Bousard en esta ocasion; su padre habia perecido ahogado en el mar sin que se le pudiera socorrer, y desde entónces habia hecho voto Bousard de salvar los náufragos que pudiera con riesgo de su propia vida.

Herseho.

En la noche del 21 al 22 de octubre de 1820 estalló una terrible tempestad; soplaban con furor los vientos del sudoeste azotando la costa, y arrastraban sobre el acantilado de Quiberon¹, masas enormes de agua que se sucedian sin interrupcion, yendo á estrellarse en tierra con espantoso ruido aumentado con el de los torrentes de lluvia mezclados con torbellinos de arena; toda aquella costa brava de Quiberon, llamada con suma justicia la *Costa salvaje*, presentaba en aquel momento la imágen de la desolacion.

A eso de medio día se hallaba en los arrecifes² el bergantin *San Francisco*, y la marea y el huracan le llevaban hácia una cadena de rocas donde iba á hacerse pedazos sin remedio, cuando una ola enorme le lanzó mas allá de aquel sitio, arrojándole á la costa á un cuarto de legua de la playa. Al ver el patron del barco el riesgo que le amenaza, echa su lancha al mar con el objeto de llegar á la playa aprovechando la marea. Habia á bordo como pasajeros una señora, su hija, de edad de seis años, y un

¹. Departamento de Morbihan (Francia).

². Escollos á flor de agua.

niño de trece, y los tres iban con direccion á Nántes. Encerrada esta señora en su camarote, estrechaba á su niña en sus brazos, esperando que la muerte viniera á terminar su agonía, cuando notó que los marineros se disponian á abandonar la embarcacion. Sale de su camarote con bastante trabajo y ve que el patron habia ya embarcado en la lancha todos sus efectos, su equipaje y el jóven pasajero. Se lanza al puente implorando su generosidad y le ruega que por lo ménos salve á su niña. « No hay sitio en la lancha, contesta con sequedad; encomendad vuestra alma á Dios vos y vuestra niña, porque estais perdidas. » El indigno marino, sordo á los ruegos de la infortunada madre, se aleja y la abandona.

El comandante del puerto de Quiberon, los oficiales del puerto, la guarnicion y los marineros y pescadores se hallaban en el acantilado desde el principio del naufragio; cuando vieron alejarse la chalupa del *San Francisco* abandonando su patron á aquella infortunada y á su hija, se oyó por todas partes un grito de indignacion; percibíase á la pobre madre agarrada á los obenques¹ con su hija en brazos, implorando con lastimeros gritos la misericordia y el socorro de los que asistian á aquella desgarradora escena.

Entónces el intrépido Herserho, uno de los marineros que se hallaban en el acantilado, sin escuchar mas que su valor, se arroja al mar, y despues de escapar de infinitos peligros, llega al buque y dice á la madre: « Dadme al punto vuestra niña; y si tengo la suerte de salvarla vendré á buscaros pronto. » Consigue llegar á tierra, donde deja la niña, vuelve otra vez á las olas, llega á la embarcacion, que submergiéndose á cada oleada, amenazaba zozobrar completamente; á pesar de todos los obstáculos que le oponia la posicion inclinada del barco y la tempestad, entónces en el mayor grado de furia, tiene la fortuna el

1. Los obenques son gruesos cabos de cuerdas en forma de escala, desde la cabeza de los palos hasta el costado

de los buques para sostener los palos contra el movimiento de la marea.

valeroso marinero de alcanzar á la desgraciada madre y llevarla hasta la playa, reuniéndola con su hija en medio de la aclamacion general.

ACCIDENTES VARIOS.

Incendio en Nancy.

Un terrible incendio ocurrido en 1766 redujo á cenizas varias casas de Nancy. El elemento destructor era tanto mas rápido y espantoso cuanto hallaba fácil pábulo en



Incendio.

casas miserables construidas casi enteramente de madera. Un viento fuerte apresuraba los progresos del incendio; las llamas salian por los tejados, todas las vigas estaban abrasadas, varias paredes maestras se habian venido abajo anunciando el hundimiento próximo y general. Las bombas eran inútiles á pesar de su actividad y nadie se atrevia ya á acercarse á aquellas paredes prontas á derrumbarse. Una mujer llamaba la atencion de todos en medio de los lamentos de la multitud á causa del carácter sagrado de su dolor: era una madre que derramando copioso llanto veia avanzar los torbellinos de fuego hácia una habitacion del cuarto piso, donde, engañada su ternura por el espanto y el tumulto, habia dejado dos niños en sus cunas.

De rodillas, levantando las manos al cielo, sintiendo la muerte en el corazón, fijos los ojos en las llamas que van ganando terreno y que la queman sin tocarla, implora socorro y solo excita una piedad inútil.

Dos granaderos (eran hermanos) de un regimiento de infantería que se hallaba de guarnición en Nancy, saltan por encima de las abrasadas vigas hacia la habitación donde se hallan los niños, y desaparecen entre nubes de humo; apenas han entrado se hunde la mitad de la casa.... La madre cae por el suelo sin sentido; pero los dos valerosos militares aparecen con los uniformes medio quemados, tostados sus cabellos hasta la raíz, y entregan cada uno un niño á la madre que vuelve en sí, en tanto que el pueblo prorrumpe en un grito de admiración y el edificio se hunde en las llamas.

Incendio en Auch.

[Siglo xvii.]

Una noche estalló un incendio cerca de la iglesia metropolitana de Auch; estaba tan enrojecido el cielo en derredor de la iglesia, que hubiérase dicho que era ella la que ardía. Ya había consumido el fuego dos casas y acababa de invadir la de un comerciante de aceites donde llegó á ser tan intenso, que la multitud guardaba una distancia respetable.

En vano quisieron penetrar en la casa los soldados más intrépidos, al oír en ella los gritos lastimeros de: « ¡Socorro! ¡Socorro! » Llegaban lo más cerca posible, pero al lado ya de las paredes calcinadas que amenazaban ruina era tal el calor del fuego, que á pesar suyo retrocedían. Queriendo algunos oficiales dar el ejemplo á los soldados, les dijeron: « ¡Pues bien, nosotros vamos á subir á esas paredes! » Intentaron hacerlo, pero también se vieron obligados á retroceder.

Los bomberos, con su ordinaria bravura, habían hecho prodigios de valor pero se detenían igualmente ante lo

que parecía imposible á todos; y entretanto seguía oyendo la voz de una mujer que gritaba: « ¡Socorro, salvad á mi hijo! »

Habíanse oído antes otras voces en aquella casa que pedían *socorro*, pero ya no se oía entre el chisporroteo de las llamas, el crugido y hundimiento de los techos, sino la voz de aquella madre y de su hijo; los demás habitantes de la casa habían perecido. Un instante se la vió asomarse con su hijo en el piso principal.

El Ilmo. arzobispo de Auch, monseñor Apchon, acababa de llegar al frente de la casa incendiada, y mientras pudo trabajó acarreado agua y exhortando á la multitud.

« ¡Veinticinco luises, exclamó, al que salve esa mujer y su hijo! »

Oyóse la voz del prelado, y varios hombres del pueblo dieron algunos pasos hacia el fuego, pero pronto echaron pié atrás.

« ¡Cincuenta luises al que arranque de las llamas á ese niño y á su madre! » gritó más recio el arzobispo.

Todos lo oyeron, pero nadie se movió. Entonces se vió al magnánimo prelado á la luz del incendio, empapar una sábana de agua en un cubo, envolverse en ella, y ayudado de uno ó dos hombres, poner una escalera de mano apoyada en la pared de la casa, y haciendo la señal de la cruz, cubierto de la sábana mojada, subió por sus peñaños.

Todos los corazones palpitaban de admiración y de temor ante semejante espectáculo; todos los ojos se fijaban con avidez é inquietud en el valeroso arzobispo, hasta que llegó á una ventana enrojecida por las llamas; después no se vió nada... Entonces todos los circunstantes se quedaron petrificados de espanto.... Pero Dios no permitió que fuese vana tanta caridad; aparece un grupo en la ventana, compuesto del arzobispo, la mujer y su niño. ¡Qué alegría al verlos! Hélos ya bajando por la escalera.

Despojándose el arzobispo de su sábana medio quemada, cae de rodillas y da gracias á Dios; levantándose luego,

dice á la pobre madre arruinada por el incendio: « Señora, he prometido cincuenta luises al que os salvase; y puesto que soy yo quien los ha ganado, se los regalo á vuestro hijo. »

La explosion.

El 15 de setiembre de 1837 bajaba hácia Nántes el vapor *Vulcano*, y llegando cerca de Ingrande ¹, se acercó á tierra para embarcar los pasajeros. En aquel instante encalla, páranse sus ruedas, revienta la caldera y se derrama por todas partes el vapor ardiente. Un marinero que habia sido alcanzado por el líquido abrasador y herido en el puente, piensa en seguida en cinco niños con quienes se entretenía un minuto ántes en el gran salon. El denodado Pedro Guillot quiere volver á donde estaban; la escalera habia desaparecido bajo el agua hirviendo. En vano se cubre la cara con las manos, pues no puede avanzar un paso; y sin embargo, habia allí una madre, cinco hijos y su aya que iban á ser quemados vivos!...

« Esta idea me mata, » decia.

Va á las portas, se asoma y ve la madre. Era admirable verle suspendido con su pié abrasado en un costado del barco sacar con su robusto brazo la infortunada madre, pero estaba muerta. Vuelve y quiere coger el aya.... pero la generosa muchacha, medio calcinada, le rechaza, diciendo: « ¡No, no, salvad los niños! » Entra Guillot por la porta en medio de aquel horno y hace dos viajes; los cinco niños vuelven á la luz, y el aya los sigue; pero desgraciadamente murieron tres de los niños con el aya y su madre; dos vivirán.

No es ésta sola la accion benéfica que Pedro Guillot ha hecho; pues en su vida cuenta otras en gran número.

El caballo desbocado.

Un carruaje, en el que se encontraban dos señoras y dos caballeros jóvenes, corria con furiosa velocidad arrastrado

por un caballo desbocado en derechura al rio que pasa por Monteramey ¹, en ocasion de hallarse éste muy crecido por una tempestad. Presenciando el peligro Isidoro Masson, padre de una familia numerosa que sostiene únicamente con el producto de su trabajo, corre á alcanzar el caballo para sujetarle, pero llega un poco tarde, pues no puede impedir que el carruaje y los viajeros se sumerjan en unas aguas profundas y cenagosas.

Uno de los caballeros jóvenes habia podido salvarse llegando á nado á la orilla, pero el otro y las dos señoras iban á perecer, porque para colmo de desgracia, la corriente les llevaba bajo las ruedas de un molino; el jóven habia ya desaparecido en el cieno del rio. Lleno de sangre y sin tomar aliento, se arroja Masson al agua, vestido como estaba, salva las señoras en primer lugar, y zambulléndose de nuevo, consigue asir al jóven, que desde el fondo del abismo, solo la agitacion que comunicaba al agua en las ansias de su agonía, indicaba el sitio donde iba á espirar, y le lleva á la ribera con unánime aplauso de los numerosos espectadores de aquella accion heroica á que nadie habia tenido el valor de contribuir.

Hundimiento en un cantera.

[1837.]

En la villa de Beauquesne, cerca de Douthens, hay una cantera de veinticinco metros de profundidad, en donde estaba trabajando un obrero, cuando de repente se hunde uno de los pilares que sostenian la bóveda, y el desgraciado queda enterrado hasta los hombros. Su hijo se hallaba á la boca del pozo esperando la orden de subir la piedra, y no oye sino los gemidos ahogados de una voz que apenas puede gritar pidiendo socorro. Acude gente á los azorados gritos del jóven; le atan á la cuerda, le bajan, y al llegar no ve mas que la cabeza de su padre donde está pintado el

¹. Monteramey es una villa del departamento del Aude, á 10 kilómetros de Vandœuvre.

espanto mas terrible. Pónese á trabajar para retirar el monton de piedras que le cubren... pero, ¡vana esperanza! otro nuevo hundimiento le sepulta á-él tambien. Sus brazos magullados no pueden socorrer á su desgraciado padre; su cabeza está ensangrentada y su voz, apenas inteligible, anuncia á los de arriba que ámbos van á perecer. La multitud grita, rodean todos la entrada de la cantera, sondean el precipicio con sus miradas, pero nadie se atreve á hajar, mostrándose unos á otros con terror montones de piedras removidas y prontas á cubrir aquellos dos infelices.

El hermano de la primera víctima retrocede tambien ante aquel peligro tan inminente, hasta que un albañil que trabajaba allí cerca pregunta la causa de aquellos gritos. Era Francisco Retel, padre de tres niños pequeños, recuerdo de los cuales no enrió su intrepidez: se apodera de la cuerda y baja al fondo del abismo; el hijo no puede hacer mas que mostrarle la cabeza de su padre. Retel va á él y trata de levantar una piedra que pesa cuatrocientos kilogramos: ¡no importa! vuelve á la carga, la mueve, y por fin consigue hacerla rodar, separa las otras, y levanta en sus brazos al infeliz obrero; pero está sin sentido, y teme Retel haber llegado tarde; pide un poco de aguardiente y con algunas gotas se reanima el moribundo. Bajan un gran cesto, donde le coloca, le ata, y hé aquí ya una víctima robada á la muerte; el hijo sube despues y Retel aparece el último; en el momento en que la gente allí reunida prorumpe en aclamaciones, se oye otro nuevo hundimiento; un minuto mas, y el libertador de los dos obreros hubiera pagado con su vida la valerosa abnegacion con que conquista el aprecio público.

El carro llevado por la corriente.

En diciembre de 1840 no estaba aun concluido el puente que se ha construido sobre el río Fremur, no léjos de su embocadura, cerca de San Maló; los carruajes seguian la

costumbre antigua, es decir, atravesar el río por el sitio donde se puede pasar el vado con la marea baja.

Presentóse en la orilla un labrador que conducia un carro tirado por tres caballos, en el que iba un pobre anciano, y aunque no se habia retirado todavía la marea, se dispone á pasar. Al verle entrar en el río, muchas de las personas reunidas en la orilla le gritan que la marea no está bastante baja y que se vuelva.

Pero el labrador se obstina en su funesta resolucion, y saltando á las varas del carro, entra con los caballos en el río. Apenas ha avanzado algunos metros cuando los caballos no hacen pié y comienzan á nadar; el carro da fuertes vaivenes á uno y otro lado, y su conductor cae al agua.

Entónces se siguió una confusion espantosa, pues viéndose los caballos sin direccion, se enredan unos con otros entre los tirantes del carro, y con sus desordenados movimientos se bambolea éste de tal modo, que el pobre anciano que iba agarrado en él creia ya llegada la hora de su muerte.

Renaud, un jóven empleado del empresario del puente, se encontraba por allí, y al oír los clamores de los espectadores, corre á la orilla; á pesar de las súplicas que se le hacen conjurándole á que no se exponga á una muerte casi cierta, se quita la chaqueta, se arroja al agua y llega con rapidez al sitio donde habia caido el desgraciado labrador, uno de cuyos brazos se habia visto salir fuera del agua de cuando en cuando; pero aquel brazo desapareció por la última vez, no quedando ya esperanza de salvarle.

Entónces se dirige Renaud á donde estaban bregando los caballos; á pesar de las agitadas olas del mar y la inminencia del peligro, consigue desenredar los tirantes, regulariza el movimiento de los caballos y los dirige hasta la orilla, donde haciendo pié, sacan con ellos el carro donde se encontraba el pobre anciano, compañero del desgraciado que acababa de pagar su imprudencia con la vida.

El perro rabioso.

A cosa de las siete de la noche se dirigia á su casa Simon Albouy, tejedor de Rodez, cuando se halló frente á un perro rabioso que habia ya mordido algunas personas. El animal corrió hacia él; Albouy, arrimado á una pared, esperó con valor al perro, que se abalanzó sobre él y le mordió cruelmente, pero el tejedor logró apoderarse del animal, y entónces gritó pidiendo socorro. « No le soltaré, dijo, pues quiero evitar mayores desgracias: traed un hacha y matadle. Yo respondo de él, pues por salvar las vidas de mis conciudadanos, sacrificio la mia. »

Un gendarme llamado Portal oyó sus voces, corrió en su socorro, y vió al tejedor que forcejeaba con el perro, al que tenia asido del collar y de las orejas, no cesando de pedir un hacha para acabar con él é impedirle hiciera mas víctimas. El gendarme daba palos al perro con el baston que llevaba, arma insuficiente para matarle, hasta que llegó un vecino con un garrote sólido, y tales fueron sus golpes que le tendió muerto á sus piés.

Un médico que acudió en el acto vió que Albouy habia recibido catorce mordeduras profundas; las cauterizó con un hierro incandescente, operacion que soportó el herido con tanto valor como el que habia demostrado en la lucha con el perro. « Continúad sin miedo, decia al médico, no temo nada, al contrario, estoy contento al ver que he podido ser útil á mis conciudadanos. »

Después de cuatro meses de enfermedad, el generoso Albouy recobró su salud y sus fuerzas.

Los niños bajo el hielo.

[1780.]

Estaban jugando tres niños sobre el hielo de un estanque cerca de Versalles, cuando de repente se rompió el hielo bajo sus piés y los tres desaparecieron. Nadie se atre-

via á dar les auxilio, temiendo aventurarse sobre aquella frágil superficie y perecer con ellos. En esto se presenta un jovencillo como de catorce años; mide con la vista la extension del peligro, se pone de rodillas, y alzando los manos al cielo implora la proteccion divina; fortificado con la plegária, se lanza con intrepidez abriéndose un camino en medio del hielo que él mismo rompe y llega adonde yacen los tres niños luchando con la muerte. Tres veces recorre el mismo camino, y salva á los tres sacándolos á la orilla. Entónces se considera dichoso y los contempla enternecido; trata de calentar sus cuerpos transidos de frio y los pone luego en los brazos de su madre.

Los niños en un pozo.

Jugaban dos niños de cuatro años en la plaza pública de Gimont¹, expuestos á mil peligros como sucede siempre que la paternal institucion de las salas de asilo no vela por la infancia. Se encaraman sobre el brocal del pozo de la ciudad y caen en él. Todos acuden, pero no saben qué hacer deliberando y lamentándose sin resolverse á nada. José Serres, niño de doce años, se conduce en aquella ocasion como un hombre maduro. Pide una escalera de mano, pero es muy corta la que traen; no importa, se la tendrán y baja por ella. Uno de los niños tenia el cuerpo fuera del agua, y tendiendo los brazos, ayuda á su propia salvacion. Inclínándose José, le puede coger, le sube con mucho trabajo, mas sin desalentarse, y le entrega á sus padres.

El otro está aun bajo el agua. ¡Está perdido!... Vuelve á bajar José sin que á ninguno de los que estaban allí se le haya ocurrido ir á buscar otra escalera mas larga y ménos peligrosa para el intrépido niño. Llega éste hasta abajo, y á pesar de sus esfuerzos no alcanza al agua. ¿Qué hará? Se cuelga de un pié en el último peldaño y sumergiendo el resto del cuerpo en el agua, busca con afán. Todo el mundo

1. Pequeña ciudad del departamento de Gers, á 23 kilómetros de Auch.

tiembla por la vida de ámbos; hay un instante en que no se ve nada y le creen perdido. El, entretanto, ha hallado el niño; al cogerle ve que está sin conocimiento, muerto tal vez, pero de todos modos le sacará. ¿De qué medios se vale? El mismo no lo sabe, pues cuando es necesario, una fuerza sobrenatural acompaña á las acciones generosas. Por fin aparece con su carga, y el niño pequeño vuelve á la vida.

El paso obstruido.

[14 de junio de 1837.]

Habíase terminado la fiesta que se celebraba en el Campo de Marte el 14 de junio de 1837. En aquella época estaba rodeado este sitio de fosos y de verjas. Apresurándose la multitud por salir, obstruyó el paso de la verja próxima á la Escuela militar. Cae una mujer asfixiada, y los que la siguen, empujados por la creciente multitud con brio irresistible, caen tambien sobre ella y son pisoteados á su vez. Esto produce un desórden terrible, un tumulto espantoso, gritos de agonía, heridos, muertos, moribundos, desgracias sin fin, que hubieran sido incalculables sin la abnegación, la sangre fria y la inteligente humanidad de un hombre que otros tan animosos como él se apresuraron á imitar.

Hallábase en aquel momento delante del cuartel de su regimiento, cercano á la verja, el ayudante Martinel, del 1º de coraceros; al ver aquel tumulto acude, se arroja contra la muchedumbre tratando de rechazarla con sus esfuerzos, con la voz y con sus ruegos para dejar libre el paso y auxiliar á las víctimas; pero la multitud, espantada é ignorando lo que pasa se amontona cada vez mas, y con los esfuerzos que hace para salir, crece el peligro. En aquella confusion cae un árbol iluminado y cierra el paso. En vano el denodado Martinel, ayudado de algunos coraceros trata de alejar de una muerte inminente á los caidos y heridos; comprende que no hay mas que un medio para socorrerlos y evitar mayores desastres, y es dividir la multitud

dentro de la verja. Corre al cuartel, manda tocar llamada, y sin esperar que estén listos los soldados, vuelve al campo, penetra en el interior á traves de aquellas olas humanas, se abre paso esforzadamente, y para llegar al peligro emplea todo el ardor que otros para huir de él; el coracero Speulée es el único de sus camaradas que ha podido seguirle, y allí rechazando á la multitud, trabaja con increíble energía para desembarazar el paso, levantar á los muertos y salvar á los que todavía respiran. Saca en brazos á un pobre inválido y á un soldado jóven librándolos de una muerte cierta; y sucesivamente á un muchacho, una mujer, una niña, en fin, nueve personas. Vésele entrar y salir sin cesar, extrayendo víctimas de entre la muchedumbre, arriesgando perecer él mismo, pero no importa, vuelve á buscar mas creyendo no haber terminado su tarea. Agobiado por el cansancio, sin aliento, continúa su trabajo heroico con peligro continuo de su vida, animando á todo el mundo con la voz y con el ejemplo, y sobre todo al coracero Speulée, que electrizado tambien, salva un hombre y un niño de aquel espantoso caos. El portaestandarte Mitz salva á una mujer que se estaba ahogando; el teniente Gruss que llevaba en sus brazos una jóven desmayada, hace le carguen en sus hombros un niño, y con el peso de su doble carga forcejea con la multitud por espacio de media hora, hasta que cae, y el mismo Martinel, derribado á su vez, está á punto de sucumbir.

Entónces se vió un espectáculo curioso y conmovedor. Un piquete de coraceros á caballo se presentó para poner un dique á la inmensa oleada que invadia la verja, ejecutando una maniobra inteligente en aquella lucha de nuevo género. Véiase á aquellos bravos soldados, consternados y en silencio, ir avanzando paso á paso, con prudencia y lentitud, y sus caballos, como si fueran tan inteligentes como la humanidad que guiaba á sus dueños, parecia que marchaban ellos mismos con precaucion. Causaba emocion ver los brazos que de todas partes se dirigian hacia ellos como á libertadores entregándoles los niños que colocaban

en la grupa, y hasta en el cuello de sus caballos. A fuerza de cuidado y de paciencia, uno á uno, dos á dos, en larga fila consiguen dividir al fin la multitud, poniendo así un dique á aquella masa inmensa; queda desembarazada la verja, se restablecen las comunicaciones y puede ir desfiliando el gentío. Se establecen ambulancias en el cuartel, á donde se llevan los heridos y se les prodigan los cuidados mas delicados y solícitos.

Preguntados los oficiales y soldados quién habia merecido el premio de inteligencia aquel dia, todos por unanimidad designaron á Martinel.

§ IX. GENEROSIDAD.

El que hace lo que debe es justo, el que hace mas es generoso. (B.)

La probidad tiene sus límites, y para la generalidad de los hombres es ya mucho llegar á ellos: pero la virtud y la generosidad pueden extenderse hasta lo infinito; puede retrocederse de estos límites, pero pasar de ellos nunca. (*Curso de moral.*)

El hombre generoso contesta á las injurias con beneficios, y á los beneficios con otros mayores. (B.)

Devolviendo mal por mal imitais lo que vituperais; vengándoos con beneficios, haciendo bien y haciéndolo á un enemigo, doblais vuestra gloria. (MADAMA DE LAMBERT.)

La superioridad de un alma que no solo se inclina ante la ley y la razon, el orgullo generoso de un corazon sinceramente virtuoso que no espera otra recompensa sino la virtud misma, tal es la verdadera grandeza de alma. (AGUESSEAU.)

El campo de cebada.

[Siglo XVIII.]

Durante la guerra de los franceses en Alemania en el siglo pasado, recibió un capitán de caballería el encargo de ir á forrajear. Se pone en marcha á la cabeza de su escuadron y va al punto que le habian designado. Era un valle solitario en el que no se veian sino algunos bosques; descubre una pobre cabaña, se dirige á ella, llama, y sale á abrir un viejo campesino con toda la barba blanca. « Buen

hombre, le dijo el oficial frances, ¿podeis indicarme un campo donde pueda hacer forraje para mis caballos? — Por supuesto, » responde el anciano, y poniéndose á la cabeza de la tropa sube con ellos por el valle. Despues de un cuarto de legua de marcha llegan á un hermoso campo de cebada. « Aquí tenemos lo que nos hace falta, dice el capitán. — Venid un poco mas léjos, le contestó su guía, que no os pesará. » Continuaron su marcha, y un cuarto de legua mas allá encontraron otro campo de cebada. Los soldados echaron pié á tierra, segaron la cebada, la ataron en gavillas y dispusieron su marcha. El oficial dice entónces á su guía: « Nos habeis hecho andar mas sin necesidad, pues el primer campo que hemos visto era mejor que éste. — Sí, señor, responde el honrado anciano, pero éste es mio y el otro nó. »

Bien por mal.

En una pequeña ciudad de Alemania vivian dos hombres, cuyo oficio era cortar y aserrar madera. Hans, que tal era el nombre de uno de ellos, tenia envidia de Enrique, su cofrade, porque le empleaban con mas frecuencia. Esta preferencia era muy natural, porque Hans era brusco, grosero, importuno, y jamas se daba por contento, al paso que Enrique aceptaba agradecido lo que le daban, por poco que fuese, sucediendo con esto que á veces le pagaban mas de lo que valia su trabajo; así es que no podia dar abasto á todo. Cada vez que pasaba Hans por la calle donde trabajaba Enrique, no dejaba de hacerle alguna mala jugarreta; ya, como por casualidad, le derribaba un caballete, ya cortaba la cuerda de la sierra, ó si podia apoderarse de su hacha le quebraba el mango.

Aconsejaron al ofendido se quejase á la justicia, y él contestó: « No; miéntras yo tenga brazos, no me impedirá Hans ganar mi subsistencia. » Y sobrellevaba todo con paciencia.

Un dia que estaba ébrio Hans, puso fuego á su propia